

guerreros, los demas vivian en la mayor pereza, y si hemos de creer á Herodoto, pasaban el dia hilando, dejando abandonado el gobierno de la casa á las mujeres.

Pero la extravagancia de las costumbres egipcias, la perpétua alternativa de lo grandioso y lo mezquino, nos confirman más y más en la creencia de que este pueblo se formó de la mezcla de otros, diversos en opiniones y cultura. La política egipcia consistia en mantener cada uno tenazmente sus propios usos; destino común á otros muchos pueblos asiáticos, que conservan y no perfeccionan, y que presentan desde su origen preciosos gérmenes de verdad y jamás los maduran.

Esta mezcla aparece todavía más patente cuando se examinan la religion y la doctrina de los egipcios.

CAPITULO XVI.

Ciencias de los primeros pueblos y especialmente de los egipcios.

Pitágoras, Homero, Platon, Licurgo y Solon fueron á buscar á Egipto la ciencia; Mosisés fué instruido en toda la sabiduría de los egipcios; los órfitos y los pitagóricos, civilizadores de las dos Grecias, nada mejor supieron que trasladar á sus sociedades las instituciones egipcias; del Nilo venia Cecrops, fundador de la ciudad mas culta de Grecia, á la cual se confiesa deudora la Europa de su saber, y el oráculo declaró que los egipcios eran el pueblo mas sábio del mundo. Y sin embargo, ¡qué carencia de los conocimientos mas sencillos! ¡cuánta supersticion en gentes que adoraban las cebo-llas nacidas en sus huertos! ¡cuánta groseria en reyes que para encontrar dinero á fin de alzar pirámides, sacan al mercado la honestidad de sus propias hijas! ¿Cómo poner de acuerdo tan graves contradicciones?

Jamás podrá ser la ciencia útil á la generalidad, ni francamente progresiva, mientras constituya el privilegio y el secreto de una corporacion. Ahora bien, entre los pueblos antiguos el saber era patrimonio exclusivo de los sacerdotes, entre los cuales tasadamente se repartia.

Pero ellos mismos, ¿de dónde lo habian obtenido?

Objeto de maravilla es que apenas aparece en la Historia la estirpe humana, abunde en

tantos conocimientos; que sepa cultivar los campos con instrumentos diferentes; que domine á los animales; que haga el pan, el vino y el aceite; que teja, cosa y borde; que fabrique el vidrio, pesque el coral, extraiga los minerales de la tierra y labre los diamantes. La estatuaría, la arquitectura, la música, el baile, la fusion de los metales, el sistema de las pesas, medidas y monedas, los sellós, la cronología, la aritmética y la escritura, se hallan recordadas en las tradiciones más remotas, en las cuales encontramos también mencionados cultos, leyes, tribunales, contratos y castigos.

Hay más: conocimientos que pudieran pasar como de mera curiosidad, á los cuales no era conducido el hombre por la necesidad, y que requerian observaciones de largos siglos, muy finos instrumentos, y precision de cálculo, los posee ya la humanidad desde su infancia. Podian advertirle que la tierra era esférica, el aparente movimiento diario de los astros, la sombra circular proyectada sobre la luna en los eclipses, y la superficie convexa del mar; pero ¿de dónde dedujo las dimensiones de nuestro planeta? Y sin embargo, sobre éstas se fundaron los sistemas de medidas del Egipto y del Asia. El periodo de 19 años conservado todavía con el título de *número aéreo*, era conocido de los egipcios; era común á los asiáticos el de 60 años, y los caldeos usaron el de 600. Los egipcios conocieron igualmente la esfera, el gnomon, la division del tiempo en semanas, los eclipses terrestres y lunares, así como la excentricidad de los cometas; y aunque desprovistos de telescopios supieron que la via láctea es solamente una agregacion de estrellas; y los lados de su mayor pirámide miran precisamente á los puntos cardinales. Así es, que Chemchid, fundó á Persépolis el dia en que el sol entraba en Aries y principiaba un periodo; astrónomo era también Fo-hi, fundador del imperio Chino.

Cuando vemos á un niño de diez años saber no solamente alimentarse y evitar los peligros, sino traducir además en sonidos sus propias ideas, trasmitirlas con palabras, darles estabilidad por medio de la escritura, descomponiendo oído el humano saber en veinte y cuatro letras, diez cifras y siete notas musicales, nos es forzoso creer que fué educado por quien ya sa-

bia, y que habia recibido sus conocimientos de la tradicion. No me parece que pueda deducirse otra conclusion de la ciencia de los primeros pueblos. Suponerla, con Bailly y Romagnosi, transmitida por una gente más antigua, sólo es alejar la dificultad. Nosotros opinamos que fué un resto de la ciencia de los primeros hombres, ilustrados por la vision de Dios, y abandonaremos esta opinion cuando se nos presente otra más racional. Entre tanto, nos confirma en la nuestra el ver que la ciencia no se desarrolla pasó á paso por sucesivas conquistas, sino que posee desde el principio ciertas fórmulas estu- pendas, que despues no perfecciona, errando por el contrario en su aplicacion.

Parecerá que estoy en la verdad, si fijándonos en los egipcios, se atiende á que contra la naturaleza de todas las invenciones, fueron éstos olvidándolas de tal suerte, que cuando comunicaron su astronomía á los extranjeros, los sirviéron de poco. Respecto de la admirada coincidencia del año sotlaco con el trópico, lo hemos discurrido en otra parte. El conocimiento de la precision de los equinoccios no tenia más fundamento que los zodiacos de Esné y de Déndera, y cayó con ellos. En la orientacion de las pirámides, que es lo que les hace más honor, y por lo cual las supusieron algunos obra de los primeros patriarcas, y hasta antediluvianas, una meridiana determinada como á una tercera parte de grado, podia bastar por el método elemental de las sombras iguales. El orden de los planetas, conforme al cual designaron los dias de la semana, puede establecerse hipotéticamente por la creciente duracion de sus revoluciones, calculado en globo. Se afirma que habian enseñado á Pitágoras el verdadero sistema del mundo tantos siglos antes de Copérnico; pero ¿cómo creerlo si vemos que Tales nada supo de él, y que pareció muy extraño á los griegos cuando lo enseñó Filolao, quien suponía ser el sol un espejo que reflejaba la luz y el calor de los planetas?

Los atenienses, los hebreos y otras colonias procedentes de Egipto, no usaban otro año más que el lunar: uno de solos 365 dias llevó Tales á Grecia desde este país; y Herodoto no indica siquiera las seis horas añadidas por los sacerdotes. Dicen que observaron trescientos setenta y tres eclipses de luna; pero esto no quiere

decir que los predijeran; y Tales que aprendió de ellos, no hallamos que asegurase la hora ni aun el dia del famoso eclipse que habia anunciado. Además, el geógrafo Tolomeo no hizo caso alguno de los eclipses notados por los egipcios, entre los cuales vivia, ateniéndose á los de los caldeos. Eudoxio, que estudió trece años la ciencia del cielo en Egipto, no llevó á Grecia más que una tosca esfera, donde la posicion de los astros era como la de diez siglos antes. ¿Qué más? ¿no enseñó Tales á sus maestros el fácil modo de calcular la altura de las pirámides mediante la relacion de la sombra?

También demuestra el exámen que no era tanta la ciencia astronómica de otros pueblos antiguos. Cuentan que Calistenes, compañero de expedicion de Alejandro Magno, envió desde Babilonia á Aristóteles observaciones celestes hechas por los caldeos, que se remontaban al año 2200 antes de J. C. Que no haga mencion Aristóteles de este hecho afirmado por Simplicio poco importa, pues se sabe que muchos de sus libros se perdieron, y entre ellos el *Astronomico*. Pero ¿qué observaciones eran estas? Probablemente un registro de los fenómenos más notables, como los eclipses, las conjunciones de los planetas y los cometas. La torre de Belo, fuese ó no la de Nemrod ofrecia á la vista un horizonte más vasto; pero ¿servia para calcular la altura y las distancias del cenit, el paso de los astros por el meridiano, el curso de los planetas en el zodiaco, y los eclipses? Aquella elevacion podia también, para gente inexperta, aumentar dos errores: la refraccion, sumamente sensible hácia el horizonte, y la depresion horizontal. Tolomeo se vale de diez eclipses notados por los Caldeos, pero todos lunares, no anteriores á Nabonasar, y cuya duracion está expresada en horas y medias, y el oscurecimiento en mitades y cuartos de diámetro. Ellos sin embargo, demuestran que los caldeos conocieron la verdadera duracion del año, y cierto modo de medir el tiempo.

En efecto, usaban un *saros* ó periodo de 18 años, al cabo del cual volvian á principiar los eclipses de la luna en el orden mismo que habian seguido; periodo que pudieron deducir de su larga experiencia y del cuidado de conservar una noticia de los fenómenos eclípticos du-

rante algunos siglos. Pero no sabían explicar ni predecir los eclipses de sol; no conocían el movimiento de los nodos de la órbita lunar; no corregían la refracción de los rayos, de tal suerte que equivocaron la situación de los signos nada menos que en 15 grados; y no tuvieron geometría ni trigonometría, sin las cuales no hay ciencia de los astros. El árabe Albattany afirma que habían fijado el año sideral en 365 días, 6 horas y 11 minutos, esto, es, sólo en dos minutos diferente del verdadero; pero ni Hiparco ni Tolomeo lo indican siquiera: si aquél lo aprendió en algún autor perdido y digno de fé, debía ser esto otro de los fragmentos de ciencia no adquiridos por los caldeos y que tampoco supieron aprovechar. También sabían trazar un meridiano, y fijar el punto culminante del sol; pero no se aprovecharon de este cuadrante para conocer la oblicualidad de la tierra, la elevación del ecuador ni la duración del año; y Anaximenes, que algunos siglos después lo inventó en Grecia, creía que la tierra era cilíndrica y en parte plana. ¡Tan cierto es que no se puede deducir el verdadero estado de la ciencia de un conocimiento aislado!

Los fenicios que cruzaban habitualmente el mar, debieron atender á las estrellas para que les sirvieran como puntos fijos á fin de dirigir la navegación; pero cuando Estrabon les atribuye la invención de la aritmética, de la astronomía y de la constelación de la osa, no quiere, sin duda, indicar sino la aplicación que de ellas hicieron á la náutica.

Bailly admiraba las observaciones de los indios; pero se ha demostrado que son erróneas y confusas, y sin embargo, también los indios tenían ciertas fórmulas y cálculos originales, cuya clave no ha podido adivinarse, ni ellos mismos la conocen: su esfera tiene veintisiete *nactron* ó casas-lunares, muy semejantes á las de los árabes, y en su zodiaco se observan las mismas constelaciones de los caldeos, de los egipcios y de los griegos. Naciones de tan diversa civilización ¿cómo pudieron convenir en una creación tan arbitraria?

Se atribuye á Yao la introducción de la astronomía en China; pero los eclipses verdaderos referidos por Confucio en la crónica del reinado de Lu, principian solo 776 años a. C., medio siglo antes de los eclipses de los caldeos. Pare-

ce en verdad auténtica la observación de la sombra hecha por Seu-cong hácia el año 1100 a. de C., más en el 1620 cuando disputaron los doctores chinos con los jesuitas, aun no sabían aquellos calcular las sombras, y se confió á éstos la dirección de los observatorios.

No es maravilla que los antiguos cultivasen entre las primeras ciencias la astronomía, atendida la admiración que despierta el espectáculo de los cielos, y teniendo en cuenta que forman el objeto de esta ciencia fenómenos fáciles de observar, probables de preveer, y utilísimos de conocer, para los cuales bastan las matemáticas como ciencia que no admite sino relaciones de sitio y de distancia. Pero edificaría sobre arena quien se fundase en los indicios antiguos. Los límites de las constelaciones varían según los autores desde Hiparco á Ticho-Brahe, á Hevelio, á Flamsteed y á Piazzi, y solamente valen para facilitar el conocimiento de las estrellas. Pero de éstas, únicos puntos fijos á que se pueden referir los movimientos de los coluros y de los planetas, no se formó un catálogo antes de Hiparco, ni se ajustó á ellas la revolución del sol y de la luna. El secreto en Oriente había alterado ó aplicado mal algunas teorías incenexas: solo la Grecia, emancipando la ciencia del sacerdocio y el arte del geroglífico, los encaminó á seguros progresos.

Perjudicó á la astronomía haberse dedicado desde el principio á investigar el porvenir del hombre: vanidad en la cual tuvieron mucha maestría los Caldeos. Los antiguos distinguían la astrología caldea de la egipcia, que decían haber sido inventada por Petosiris y Nechepso. Los occidentales no pronosticaban lo futuro sino por fenómenos naturales y observaciones meteorológicas, y los egipcios fueron los que dieron á conocer la astrología á los griegos y romanos. Cierta gran erudito sostiene que tan solo desde que creció la escuela alejandrina, tomó aspecto nuevo y científico la astronomía egipcia, y fué llevado allí de Grecia el zodiaco propiamente dicho, pues que antes no había más que monumentos astrológicos. Corrobora esta opinión la circunstancia de ser puramente griegas las figuras de los asterismos, ó constelaciones, sin ninguna analogía con los innumerables bajos relieves antiguos del Egipto;

además, al saberse que hasta el tiempo de Eratóstenes no tenían los griegos más que once signos, induce á suponer que se fué perfeccionando poco á poco entre estos el zodiaco, que trasladado después al Delta, fué llevado á su complemento aplicándolo á métodos astrológicos. Ni es este lugar á propósito, ni estamos nosotros en el caso de mostrarnos jueces en esta liza, bastando haber hecho mérito de ella para probar cuán poca confianza debemos tener en la sabiduría egipcia, y en aquellos zodiacos á los que no hace mucho se atribuían millares de años. Asimismo se ha demostrado que los miles de siglos inventados por la vanidad de los egipcios, son puramente leyendas calendarias.

Pero en cambio son dignos de elogio sincero los sacerdotes egipcios, por el uso que hacían de las observaciones astronómicas, aplicándolas á la determinación del tiempo en que ocurrían las inundaciones, y á otras ventajas del país que civilizaban. En beneficio de éste debieron de estudiar también la hidráulica, á fin de nivelar y distribuir igualmente las aguas, ya para el riego ya para la navegación. El canal de los reyes estaba dividido en cuatro brazos, que se extendían á ciento sesenta mil metros, y tenían capacidad también para naves grandes. Más arriba de Menfis, el canal de José, que partía del lado izquierdo del Nilo, desembocaba en el canal de Ilaon que se dividía en infinitos ramales, llevando la fertilidad á los campos de Arsinoe: y cuando se quería castigar ó dominar á un país, bastaba cerrar la boca que le conducía el agua. En la parte más elevada del territorio había fijado un *nilómetro*, conforme al cual se determinaba el impuesto.

Las inundaciones obligaron á estudiar la geometría, para restablecer la división de las tierras continuamente alterada. De *Quemi*, antiguo nombre del Egipto, se hace derivar el nombre de química, de cuya perfección allí nos dan fé los esmaltes de que están cubiertas las momias, el azul de cobalto esparcido en sus pinturas, y en general los colores que después de tantos siglos se mantienen en perfecto estado.

Es célebre sobre todo la habilidad de los egipcios para la conservación de los cadáveres. Los pobres se hacían disecar solamente con el natron ó sal común, y fajados en telas groseras,

eran colocados en las catacumbas; pero los ricos, cubiertos de diversas tiras de muselina finísima, de hojas de oro y de un yeso muy sutil, con collares, figuritas y otros adornos y grandes rótulos de papiro; eran encerrados en muchas cajas. Refiérese que los etíopes revestían sus cadáveres de una goma tan transparente, que los antiguos los juzgaron cubiertos de vidrio: los egipcios que no lo poseían, esculpían la efigie del muerto en la caja, y depositaban las momias así encerradas en las catacumbas abiertas en la roca viva; y los árabes continúan desde hace siglos extrayéndolas para alimentar con la madera y el cañon de ellas el fuego, después de haberlas registrado para buscar tesoros.

Pero no sólo á los hombres sino también á los animales prestaban entonces este último servicio; la cordillera líbica está horadada por galerías de muchas leguas de longitud, y de veinte pies de anchura, atestadas de los pájaros llamados ibis, de gavilanes, de perros, de gatos, de carneros, de chacales y de monos, todos embalsamados; en la cordillera árabe, una gruta natural vastísima está llena de cocodrilos, culebras y ranas, mezclados todos y cubierto el conjunto con una pasta resinosa; y cerca de Abusir, no lejos de Menfis, hay una catacumba de pájaros, y especialmente de ibis.

El embalsamamiento pudo ser efecto de una sabia prevision para evitar la putrefacción, facilitada por las inundaciones del Nilo, que hoy hacen mal sano el aire de Alejandria; y alguno ha observado ya que las pestes que han invadido á Europa desde el siglo VI, vinieron de Egipto desde que el cristianismo hizo cesar aquel procedimiento.

Parece que el estudio sobre los cadáveres debió contribuir á los progresos de la medicina; pero la misma superstición que hacia conservar solícitamente los inútiles restos del cuerpo, evitaba que se emplease aquella ciencia en conocer el maravilloso mecanismo de la vida, á fin de evitar y curar sus alteraciones. El cadáver no era sometido á ninguna operación anatómica; se tenía por contaminado al que lo tocaba, y los *parásitos* que le hendían el costado para embalsamarlo, eran mirados con horror, y corridos á pedradas por los parientes. Toda la medicina pues, se reducía á sórdido empirismo,

envuelta como todas las cosas en el misterio. Se exponía á los enfermos á las puertas de las casas y cualquiera de los transeuntes sugería los remedios que creía oportunos. De esta suerte se formaron algunas recetas que se trasmitían despues de padres á hijos, y se aplicaban sin demasiada discrecion; las cuales se reunieron más adelante, constituyendo una medicina dogmática y absoluta, que, sancionada por la religion, obligaba á los médicos á curar á los enfermos por el modo prefijado; y quien de estas reglas se apartase era castigado si fracasaba la cura.

Quizá estos rigores solo se aplicaban á la peste, á la lepra y á semejantes contagios, á cuyo tratamiento, aun los gobiernos mejor constituidos, han impuesto tambien preceptos imprescindibles. Pero los egipcios añadan á toda curacion operaciones mágicas, y la historia sagrada muestra hasta qué punto adelantaron en este arte. No obstante, perfeccionaron la parte más relevante de la medicina, esto es, la higiene, instruyendo y conservando un admirable sistema dietético.

Aquel pueblo geométrico, al contrario de los Indios de viva imaginacion, usó comunmente la prosa, si bien no le faltaron cantos nacionales y poemas; pero ningun monumento de su literatura nos resta, ó por lo ménos no ha sido descifrado, sucediendo lo mismo respecto de la filosofia, cuyos fragmentos forman un cuerpo con la teología.

CAPITULO XVI.

FENICIOS.

Historia ó institución.

Antiguamente debia contener la Arabia Feliz á un gran pueblo agrícola y comercial, cuya navegacion se extendia á lo largo del Africa hasta Sofala, así como á las costas occidentales de la India y las del Mediodía de la Persia. Algunos viajeros han afirmado la existencia del Yemen, ya civilizado y poderoso seiscientos años antes de Salomon, llamado en seguida por los griegos omeritas y que constituían el reino de los hisnarios ó sabeos. Una prueba de su antigüedad resulta de que Ninó solicitó el auxilio

de Ario ó Arico, uno de los príncipes de este país, que si hemos de dar crédito á Strabon, se hallaba dividido en castas al modo de los indios y de los egipcios.

De esos árabes dimanaban probablemente los fenicios ó cananeos, segun los denomina la Escritura. Ya los menciona Herodoto cuando dice que en tiempo de Cambises tenían los árabes factorias desde Caditis hasta Jeniso. Apercibiéronse, pues, los fenicios del comercio que podían hacer con la India por el mar Rojo, y resolvieron quitar algun puerto á los idumeos. Es cierto que mantuvieron constantemente relaciones con los árabes de Sabá, y es probable que allí sacaran el oro, que al decir de Strabon, abundaba de tal manera, que habia granos del grueso de una nuez, de los cuales hacian joyas los naturales, que trocaban por el doble de plata ó el triple de bronce.

Se puede creer, sin duda, que los fenicios moraron al principio á lo largo del golfo Árabe dentro de cavernas, pescando y navegando por cuenta de la Geodresia, de la Trapobana, de la Gángarida, del Chersoneso Doreo, costumbres que llevaron consigo cuando fueron expulsados de aquellos confines por alguna circunstancia violenta. Entonces sería, si nos es lícito una conjetura, cuando invadieron el Egipto bajo el nombre de hiksos, al tiempo que se establecian junto á las playas del Mediterráneo, en el país llamado primero Joppe y luego Fenicia, del vocablo griego que significa palmera.

Acaso es verdad que en remotísima época existía el Mediterráneo, y que en el mismo lugar reinaba una vasta llanura poblada de habitantes, hasta que una inmensa convulsion de la naturaleza levantó los Apeninos, separó á Calpe de Abila, y por esta abertura precipitó el mar sobre el floreciente valle, no dejando en seco más que la ladera de los montes y los promontorios que formaron despues de la España, la Italia y las islas del Archipiélago. El recuerdo de este acontecimiento se halla escrito por los geólogos en la situacion ó positura de los terrenos, por los mitógrafos en los trabajos ó hazañas de Hercules. Semejante desastre facilitó las comunicaciones entre los países que sobrevivieron, y que de otro modo acaso hubieran permanecido bárbaros é ignorados como la

Tartaria y lo interior de Africa, mientras que así multiplicaron las relaciones y propagaron la civilizacion una porcion de puertos y una costa tan extensa.

Aprovecháronse los fenicios de esta ventaja estableciéndose en ese linde de tierra que se extiende desde el Líbano hasta el mar. Cuéntase por tradicion que treinta siglos antes de Jesucristo enseñó Memroum á los sidonios á cubrirse con pieles, á construir casas, á hacer brotar lumbré de la piedra, y que habiendo derribado un árbol lo echó al mar é izo un barco. El verdadero Memroum debió ser la necesidad y la naturaleza del país, porque la pobreza del terreno y la opresion impulsan comunmente á las naciones al comercio y á la industria; testigos Venecia, Génova y Holanda. Tan inherente era el comercio á aquella comarca que, cada vez que la espada de un conquistador llegó á interrumpir la obra de la paz, se alzó inmediatamente una nueva ciudad para ocupar el puesto de la ciudad destruida. Si Nabucodonosor estermina á Sidon, Tiro se levanta enfrente de sus ruinas, y cuando Tiro sucumbe, su mismo destructor edifica en medio del desierto la ciudad de Alejandria, que despues de tantos desastres ni aun en la actualidad ha perdido su importancia.

Placerianos sobremanera pasar de los anales de pueblos condenados por déspotas á la inmovilidad ó á un movimiento forzado, á los anales de un pueblo, que, como los fenicios, funda su existencia en el negocio y en la industria; se dispersa entre las naciones contiguas ó distantes, haciendo (segun la elegante expresion de Bianchini) comercio de leyes y cambio ó trueque de costumbres cultas. Mas por desgracia nos encontramos aquí en medio de tinieblas. Los escritores hebreos, con especialidad Ezequiel y Joséf, no mencionan á los fenicios sino por incidencia: el último, como tambien Eusebio en su preparacion Evangélica, nombra á Dios y á Menandro de Efeso, historiadores de Tiro: Teodoto, Ipsicrates y Mocho son citados por Taciano; sabemos por Appiano que los tirios apuntaban sus acontecimientos y los de los pueblos con quienes tenían relaciones; pero el tiempo no ha perdonado de la destruccion más que algunos fragmentos sueltos. Sanchoniaton, historiador nacional, el más cé-

lebre despues de Moisés, habia escrito un tratado de filosofia de Hermes, una teología egipciaca y los fastos de la Fenicia. Las dos primeras obras, sacadas de los escritos de Thaut, y de los registros depositados en los santuarios de los amonéos, nos hubieron iniciado en la ciencia egipciaca y fenicia, con tanta más certidumbre cuanto que el rey Abibal, á quien Sanchoniaton las dedicara, habia mandado reconocer su exactitud por una comision de sábios. Su historia fué traducida al griego por Erennio Philon de Byblos, que vivia en el segundo siglo de nuestra era: pero tanto el original como la traduccion se han perdido; salvo algunos fragmentos referentes más bien á la cosmografía. Ultimamente se ha anunciado el descubrimiento de la traduccion completa, aunque la crítica no ha podido aceptarla; quedamos, pues, reducidos á las insuficientes nociones que ya teníamos antes.

Aun en los mejores tiempos no comprendia la Fenicia más que una costa de algo más de cincuenta millas de longitud por treinta en su mayor latitud. Pero este territorio y las islas inmediatas estaban sembradas de ciudades. Hallábanse primero, Arad, en la isla, y Antarad en el continente; luego Trípoli que todavía existe; Ayblos, y el templo de Apolo; despues Beryta, Sidon, Tiro; y en los intervalos, Sarepta, Botris, Ortosia, ciudades ménos considerables. Todas estas ciudades, singular espectáculo de opulencia, fueron edificadas una despues de otra segun la necesidad del comercio. Sidon, la principal de ella mencionada por Moisés, dominó hasta el tiempo de Josué y de Homero. Tomada entonces por un rey de Ascalon, sus habitantes construyeron á Tiro, que muy pronto eclipsó á su madre. Otros sidonios fundaron á Arad, y estas tres ciudades levantaron de comun acuerdo la ciudad de Trípoli, que recibió el nombre que aún conserva por esta circunstancia.

No formaban con su reunion un sólo estado; antes bien á semejanza de las repúblicas italianas de la Edad Media, tenía cada una de ellas en su territorio una organizacion distinta, bajo el mando de un rey ó de gefes particulares. Su vínculo en la paz eran el culto de Melcarte y los intereses comunes, y en las circunstancias difíciles, el peligro. Como acontece en